

# Ensayo de las obras completas de Fernando Elliott

Daniel Carvajal Camacho



# Capítulo 1

Fernando Elliott era a veces ininteligible.

Sus textos acorazados necesitaban ser vueltos a narrar para que todos y todas por igual pudieran entender no ya la trama o las interpretaciones de sus párrafos, sino una palabra después de la otra.

Le parecía poca cosa un relato dónde se sucedieran los verbos actorales y prefería las palabras que sugirieran emociones. Daba la sensación de que Elliott no tenía la convicción vital de lo que contaba y más bien apelara a la saturación de frases. Al contrario que su predecesor Houellebecq. Quién generaba el sentimiento de creer en lo que decía.

Era brillante cuando combinaba lenguaje sencillo con significado sugerido en su prosa. Cuando sin decir que había nieve ni bruma señalaba un portal en el marco de una puerta estrecha por la que el personaje salía a disfrutar de la eternidad.

Lo que me gustó de su narrativa fue el hecho de parecer una versión fresca de las epopeyas.

En especial en el cuento Crátulo donde parecía amanecer para pasar por las sombras de Poe, devolverse a la Comedia de Dante, donde descendía vasto a 9 lugares. Todos ellos bajo tierra, en la penumbra del pozo y el péndulo y en la superficie los templos ardorosos al mediodía.

Destaco lo poco que le importaba el qué dijeran, sin por esto ser una persona ermitaña. Sin embargo sus lectores entre los que cuento a tres amigos míos, señalaban que fue discriminado por inteligente. La que lo dijo fue Marian, también me aportó que las ideas de Fernando Elliott parecían habersele ocurrido a uno antes de leerlo, pero solo él tuvo el oído afinado para decirlas. «No son de Elliott ni nuestras» comentaba Mariana. Añadía que estaban ahí, sin pertenecerle a nadie, y Fernando les daba patria, forma y orden sabroso, al esconder entre los tubos y piezas de los relatos partes para relecturas por años, en especial con su manía de cargar de ruedas giratorias sus cuentos, como símbolo del círculo de la vida.

Dijo Chaves (un escritor profesional y amigo entrañable) que Elliott llevó la barca de la literatura por aguas diáfanas en donde se dejó de insultar minorías, mayorías o cualquier forma de vida.

Al contrario de algunos súper ventas, mejoraba su forma de redactar con el paso del tiempo. Cuando estos (los bestseller, se entiende) parecían que su prosa fuera un destilado descafeinado de sí mismos, Juan Fernando Elliott embellecía su arte. Abandonó la forma pueril de escribir

de los primeros cuentos, para concentrarse en los temas tristes de sus epopeyas ya mencionadas.

El pero tortuoso de sus obras era que entre las parrafadas se ausentaran los diálogos.

2

Rodeados de cipreses mecidos y una fogata, Chaves comentó que el texto que más le gustaba de Elliott estaba en un libro que había comprado en México, el cual faltaba en las obras completas que yo tenía. En dicho libro el personaje llegaba a su casa atravesando el Central Park mientras saltaba a la pata coja. Esa sensación de estar ante un hecho sin importancia pero que perduraba en la mente del lector, como si hubiéramos perdido el tiempo, eran los momentos dulces de Fernando.

Marian quiso decir algo pero le dio un ataque de tos. Luego nos dijo que todo seguiría igual si fallaba en mi ensayo gigantesco.

-Sé que te gusta pertenecer a nuestro grupo –dijo Mariana- pero si no aciertas a saber cómo seguir con el ensayo, no vas a terminar exiliado en una casa del árbol e indefenso, tampoco.

-Al menos deseo dejar escrito mi asombro por eso que genera los párrafos de no saber si habla de algo histórico escrito en libros imposibles de hallar o son invención de la mente de Elliott –dije reflexivo-.

Después de leer de mi pluma: «Al menos en sus cuentos se abstenía del vicio de citas de la Vulgata latina» Enterré mi manuscrito, siempre escribí a mano, dejé mi manuscrito enterrado junto al río. Creo que una forma blanca y calva en el agua que nadaba en espirales siguió con su vida sin mi ensayo de ideas afectadas.

Luego, nos fuimos del bosque con la fogata enfriada a punto de apagarse.

-Al carajo el manuscrito –dije mientras bajábamos de la montaña-.

-Al carajo el manuscrito, pero siempre puedes desenterrarlo –dijo Marian y puso su mano afectuosa sobre mi rodilla-.

La miré. Me sonrió con ese gesto bobalición, con la boca ladeada. Entonces como en un sueño dirigido a voluntad, la besé. Ella me besó aún más decidida. El mundo se escabulló resignado. Redescubrí el arte; me sentía en parte como dijo Whitman: «Camarada, esto no es un libro, quien toca esto toca un hombre». Sentía la presencia ausente de Chaves, la del conductor. Mariana me habló al oído y dijo:

-¿Te diste cuenta que ando sin medias?-. Tuvo que darse cuenta de que estaba pendiente de Chaves y el chófer porque me dijo:

-¡Ah!, andá con Chaves, muchacho-.

Callé y sentí su enojo parcial.

3

Antes de que a mí también se me rompa el hielo frágil de esta historia, tengo que decir que nunca volví por el manuscrito sobre las obras completas de Fernando Elliott.

Marian y yo vamos de vez en cuando a tomar un café con leche o nos vemos a través de la ventana, dado que somos vecinos. Nosotros, literatos por excelencia nos gusta nadar contra la corriente.